

comunicación con Guatemala, la cual se hacía con bastantes molestias por Verapaz, Casabón y El Mofán, donde existió un presidio al mando del capitán don Pedro de Orozco. Reunió el Ayuntamiento de la Villa, y en plena sesión habló del asunto con calor excitando la generosidad de los capitulares para contribuir con donativos, y su ardiente excitativa no se vió frustrada, antes fué coronada de éxito: los Alcaldes Ordinarios Sebastián de Sagüe y Bernardino de Subiaur, los Regidores Fausto de Cicero, Juan Ramón Sarmiento y García de Vargas ofrecieron sostener á su costa, mientras durase la campaña, veinticinco hombres bien armados, equipados y provistos de municiones de guerra. El mismo García de Paredes, en sociedad con el capitán José Fernández Estenós, ofreció costear veinticinco hombres, de modo que se podía ya contar con cincuenta hombres de infantería sostenidos con notoria abnegación por estos campechanos, que, como se ve, no escasearon sus auxilios á don Martín de Urzúa, quien, por su lado, reclutó en Mérida y Valladolid, á costa de su peculio, otros cincuenta hombres españoles, con sueldo de ocho pesos mensuales cada uno, y cincuenta indios, con sueldo de tres pesos mensuales cada uno, sin perjuicio de suministrar á unos y á otros bastimentos, pertrechos y armamento, y con el privilegio de quedar los indios ocupados en este servicio, sus mujeres é hijos, exentos perpetuamente de tequios vecinales. Con el mismo sueldo y condiciones, D. Juan del Castillo, Alcalde Mayor de la Sierra Baja, fué encargado de re-

clutar y reclutó cincuenta indios; y en el distrito de Sahcabchen se reclutaron otros cincuenta: y á mediados de 1695, había en Campeche una fuerza lista á marchar de ciento cincuenta españoles ó criollos, y ciento cincuenta indios, á quienes se condecoró con el título de hidalgos.

El 1º de Junio de 1695, salió de Campeche la expedición, al mando de don Alonso García de Paredes, Teniente General; don José Fernández de Estenós, Subteniente; y don Manuel Jorge de Zezera, Ingeniero Militar; y acompañaban á la expedición, como misioneros evangélicos, Fr. Juan de San Buenaventura, Fr. José de Jesús María, Fr. Tomás de Alcocer, costeados de los fondos de la órden franciscana, quienes iban como principales personajes de la reducción, porque como Carlos II quería que la conquista se hiciese, no por la fuerza, sino por la predicación evangélica, se decía que la tropa iba por escolta de los misioneros y para defender su vida contra los indios belicosos y hostiles en cuyo territorio iban á penetrar.

Largo y numeroso era el convoy con el bagaje, recua de bastimento, municiones, vituallas, tren y artillería, y todo él se iba abriendo paso por los bosques espesos del Sur, hasta que el 11 de Junio llegó á Cauich, última población sometida al gobierno de Yucatán. Al día siguiente se comenzaron los trabajos de la apertura del proyectado camino, lo cual fué relativamente fácil porque se atravesaba la gran sabana de Tzucté; se llegó á un pueblo abandonado llamado Nihu-



bú; y luego á la laguna de Nohbecán, junto á la cual se reconocieron ruinas arqueológicas, y donde se detuvo el ejército tres días en espera de la apertura del camino que se iba haciendo más lenta y dificultosa. El 18 de Junio se emprendió de nuevo la marcha; se cruzaron las aguadas Yochalek y Kuxubché; y el 24 del mismo mes acamparon junto á la ribera de un río, estableciendo allí una población ó venta denominada San Juan del Río, donde se descansó algunos días con el objeto de que la gente tomase nuevos alientos para continuar la marcha por el desdoblado de Thub. Las peñas, riscos y barrancas obstruían el paso, y fué indispensable que el ingeniero hiciese varias exploraciones, estudios y trazos para ver de encontrar buen sendero para el ejército, y en estas diligencias se pasaron doce días, en cuyo intervalo otros tres religiosos franciscanos llegaron á pié desde Campeche, movidos del deseo de compartir la ardua labor de cristianizar á los Itzáes.

Fijado el mejor camino por el ingeniero, García de Paredes dispuso que la próxima etapa sería un punto llamado Tzuctok; y, como ya entraban en pleno campo enemigo, dividió el ejército en tres fracciones, ordenando que avanzase por un flanco el capitán don Pedro Zubiaur con su compañía, y por el otro flanco la compañía de indios flecheros de Sahcabchen, con la consigna de hacer una exploración y batida por los bosques circunvecinos y reunirse con él en Tzuctok; á cuyo intento, después de salidas las dos

compañías exploradoras, García de Paredes con el grueso del ejército siguió su marcha de frente el 8 de Julio, rumbo á Tzuctok.

Cuando la expedición llegó á este punto, encontró allí acampada á la compañía de indios de Sahcabchén con cuarenta y ocho prisioneros que había cogido en la batida; mas la compañía de Zubiaur aun no llegaba, y no fué sino después de seis días cuando hubo de aparecer con sus soldados demacrados por el hambre y la sed y otras amargas penas que sufrieron por haberse extraviado en la intrincada y desconocida selva. En Tzuctok fué necesario esperar veinticuatro mortales días, porque lo enmarañado de los breñales no permitió continuar conforme se fuese abriendo el camino; antes bien, su apertura exigió estudios y trazos previos que el ingeniero practicó con una escolta suficiente para la seguridad de su vida, y mientras tanto los misioneros aprovecharon su estancia en Tzuctok para ejercer su ministerio de instrucción y moralización entre indios y españoles predicando al efecto alternativamente en español y en maya: entre los discursos que pronunciaron fué el más notable, y que causó más sorpresa y admiración, uno que predicó fray Juan de San Buena-ventura sobre la estrecha obligación de respetar las propiedades de los indios vencidos ó conquistados y sobre la obligación estricta que tenían todos los hombres, y por mayoría de razón los civilizados, de no abusar de los derechos de la guerra, y se extendió á declarar y explicar cuándo la guerra se considera justa y cuándo no lo es, y



en los casos de ser legítima, cuáles sean en ella los derechos y cuáles los abusos, todo con aplicaciones especiales á las circunstancias en que se encontraba: ningún otro asunto podía ser más oportuno ni suspender tanto el ánimo de los oyentes.

Mientras la gente de Yucatán permanecía en Tzuctok, Don Martín de Urzúa recibió noticias detalladas de que el Presidente de Guatemala, después de una correría que se extendió hasta la laguna del Petén, había suspendido sus operaciones, con motivo de la estación de aguas, retirándose á Guatemala dejando previamente destacamentos en el Mopán, los Choles y Dolores de los Lacandones: noticias que, en vez de quitar el ánimo á don Martín de Urzúa, por el contrario lo impulsaron á proseguir con nuevos bríos la acometida empresa, enviando refuerzos de gente y municiones de boca y guerra y prudentes y discretas instrucciones de que procurase ganar la delantera en la conquista del Petén, aunque sin invadir la esfera de acción de las fuerzas de Guatemala, y procurando no separarse ni lo más mínimo de las manifestadas por el Rey en repetidas cédulas. Ordenaba á don Alonso García de Paredes que continuase su marcha sujetándose sólo á sus órdenes, y no á las de otro jefe de Guatemala; que siguiese una derrota con ligera declinación hacia el Oriente hasta ponerse en la cercanía de la villa de Nuestra Señora de los Dolores de los Lacandones; y que, á distancia de cinco leguas de esta villa, hiciese alto con su gente, y estableciese su campamento con reducto, estacada

y denominación de Nuestra Señora de los Remedios y absteniéndose de invadir cualquier sitio ó población que estuviese poseído por los españoles; que demarcase todas las rancherías y pueblos de indios que encontrase en su camino, tomando nota de su situación y número de habitantes, con recomendación especial de que á éstos se procurase convertir al catolicismo por los medios suaves del buen ejemplo y la predicación, como quería el Rey don Carlos II, quien con reiteración había mostrado decidida repugnancia á imponer la fe cristiana por la fuerza de las armas; que, al llegar á los límites de la Gobernación de Guatemala, cuidase de comunicárselo á su Presidente don Jacinto Barrios; y que, cumplido este paso de cortesía, sin tocar el territorio de Guatemala continuase su marcha hacia Petén-Itzá dividiendo su ejército en seis compañías: tres de españoles y criollos, al mando de los Capitanes don José Fernández de Estenoz, don Pedro de Zubiaur y don Mateo Hidalgo; otra de pardos y mestizos, al mando del Alférez don Lainez; y dos de indios flecheros, al mando de sus respectivos capitanes indios.

El Teniente General García de Paredes, cumpliendo estas instrucciones, salió de Tzuctok á fines de Julio de 1695, dejando en este pueblo á fray Andrés de Avendaño y otros dos franciscanos, para continuar la instrucción religiosa de sus habitantes, á cuyo arbitrio quedó la existencia de estos intrépidos evangelizadores, porque las necesidades de la expedición no permitieron dejarles ninguna escolta. Andadas ocho leguas, llegó el



ejército á la Aguada de Chumpich, sin más incidente que una ligera escaramuza con los indios Ceh-Aces, y, después de algunos días de reposo en este punto, se continuó la marcha el 7 de Agosto hasta el arroyo de Ixban en cuyas márgenes se encontraron rancherías totalmente desamparadas por sus habitantes al sentir que la expedición se acercaba; y siguiendo hacia delante, se alcanzó el lugar de Bateab donde García de Paredes consideró oportuno fundar un pueblo con varias familias indias recogidas en las cercanías; y, hecha la fundación, continuó su marcha el 30 de Agosto, atravesó al vado el río Ucum, y entró en el llano ó sabana de Chuntuci.

No creyó prudente continuar su marcha hacia adelante, porque la sabana estaba anegada, y los bosques intransitables, de modo que introducirse en lo interior de ellos hubiera sido exponerse á desfallecer de hambre, miseria ó enfermedades; y, por estas consideraciones, resolvió retirarse de aquellos parajes, y retroceder sus cuarteles de invierno á lugares más próximos á Campeche. De españoles sólo quedaron en Tzuc-tok y Bateab los religiosos franciscanos, que, deseosos de corroborar á sus neófitos en la fé y moral cristiana, se quedaron en dichas poblaciones, resueltos á arrostrar las inclemencias del tiempo, el hambre, los moscos, las enfermedades y aun la hostilidad de los mismos indios.

No fué estéril la abnegación y celo de tan respetables y caritativos varones, porque, en los meses que así estuvieron abandonados á sus

solas fuerzas, llegaron á inspirar tanta confianza á los indígenas, que espontáneamente iban á solicitar su ministerio y á reunirse con los que ya vivían sujetos á policía civil en aquellos dos pueblos recién fundados. Recorrían los religiosos las rancherías y bosques circunvecinos, y doquiera eran acogidos con benevolencia: nada menos que el 24 de Octubre de 1695 Fray Juan de San Buenaventura, haciendo una de sus correrías religiosas á pié por los llanos de Chuntuci, se encontró con sesenta y dos padres de familia de la tribu de los Chanes del pueblo de Pachechén que habían salido á encontrarse con él para invitarle á pasar á su pueblo y establecerse en él á enseñar el cristianismo.

Desde su invernadero, García de Paredes informó menudamente de la expedición á D. Martín de Urzúa, asegurándole buen éxito, pues, según el dictámen del ingeniero Zezera, se habían abierto ochenta y seis leguas de camino; habían llegado hasta la latitud de 16° 32' Norte; y, á su juicio, poco faltaba para llegar á las riberas de la Laguna de Petén-Itzá. Tan felices nuevas llenaron de alegría á Urzúa, quien se apresuró á trasmitirlas al Virrey de Nueva-España, reiterándole sus demandas de auxilio para ultimar sus operaciones. Su gozo, sin embargo, fué disminuído por un conato de sublevación y asesinato en el pueblo de Chichanhá, donde residían muchos indios montaraces, y entre ellos uno especialmente feroz, que, aunque aparentemente se había convertido á la fe cristiana y recono-



cido la autoridad española, abrigaba en realidad ocultas ambiciones de dominar y ser caudillo, para lo cual cautelosamente se atrajo á cuarenta indios del pueblo, con el fin de asesinar á Fray Miguel Pérez, cura párroco de la localidad, á unos pocos españoles que en ella residían, al cacique, alcaldes y regidores indios, y á todos los demás indígenas fieles al dominio español. El 27 de septiembre de 1695 era el día señalado para asestar el golpe; pero dos días antes, descubierta la conspiración, el cacique, procediendo activamente, aprehendió á los delincuentes, los procesó, y, convictos y confesos los seis principales cabecillas de la insurrección, fueron condenados á muerte: intervino el Padre Pérez solicitando con instancia su indulto, y, por obsequiar su petición, á cinco se conmutó la pena, y sólo el jefe principal de la conspiración fué ejecutado en la plaza del pueblo.

Mientras estos sucesos se desarrollaban en el Sur de la Península, el Capitán Francisco de Ariza, en el Distrito del Oriente, salía á visitar los pueblos de la demarcación de Bacalar: en esta correría acertó á ponerse en comunicación con los indios diseminados en las soledades del Zathán, algunos de los cuales manifestaron veleidades de querer volver á reconocer el dominio español, del cual se habían separado cuando la rebelión de Tipú; le refirieron además que Can-Ek, cacique de Petén-Itzá con quien llevaban relaciones, les había mostrado deseos de conocer á los españoles, y que no miraría mal que algunos

fuesen á visitarlo; narración que agradó al Capitán Ariza, quien, conociendo los proyectos de su Jefe Urzúa, creyó halagarle cooperando á ello de alguna manera; y así, sin pararse á pensarlo, despachó inmediatamente, como embajador, á la corte de Can-Ek, á un indio oriundo de Tipú, cristiano y razonable, llamado Mateo Bichab, para que le ofreciese la paz y alianza con los españoles llevándole un regalo de machetes, zarcillos y otras bujerías muy del agrado de los indios.

Cumplió Bichab su cometido con celeridad, y á su regreso informó al Capitán Ariza que había hallado á Can-Ek muy aviado y preparándose á tomar la ofensiva contra los españoles de Guatemala que en reciente refriega le habían hecho veinte muertos y un herido; que al principio le había recibido con recelo sospechando que estaba en connivencia con los de Guatemala, pero que, desvanecidas estas prevenciones, Can-Ek había acabado por recibir los regalos y escuchar con afabilidad sus palabras; y que, por último, le había manifestado que recibiría de buena gana al Capitán Ariza siempre que éste se comprometiese á no conquistar á su país ni matar á sus habitantes, tratándole, no como vasallo, sino como aliado. Ariza trasladó inmediatamente estas noticias á Urzúa, quien lleno de satisfacción, determinó enviar, como embajador ante Can-Ek, á Fr. Andrés de Avendaño, á quien llamó violentamente de Tzuctok á recibir instrucciones; y, apenas recibidas, se puso en camino, á pié, y por los



caminos y senderos de costumbre, con dirección á la isla de Petén-Itzá, en compañía de otros dos franciscanos, que, como Avendaño, eran buenos predicadores y peritos en la lengua maya.

Mientras el P. Avendaño se internaba por las selvas del Sur, recibióse en Mérida la nueva de que una embajada, presidida por un sobrino de Can-Ek, venía en camino á visitar al gobernador Urzúa y reconocer el vasallaje del Rey de España: ya puede conjeturarse el alborozo de Urzúa, y en esos días no se ocupó de otra cosa sino en preparar la recepción de los embajadores cuya venida, á su juicio, traía el más inesperado y feliz desenlace y éxito á sus proyectos de conquista del Peten-Itzá. En el último tercio del mes de Diciembre de 1695, entraron los embajadores de Can-Ek á Mérida con gran lucimiento y pompa, saliendo Urzúa en persona, en elegante carroza, á darles la bienvenida, con escogida comitiva compuesta del Sargento Mayor, Alcaldes Ordinarios, Regidores, Oficiales de Guerra y de la Tesorería, Ministros de Justicia y otros muchos vecinos principales en carroza ó á caballo. En el patio del convento de la Mejorada, entre innumerable concurso de gente, fueron los saludos de cortesía entre los embajadores y el Gobernador, invitando éste al sobrino de Can-Ek á pasar á su carroza, en tanto que otros altos empleados invitaron á los otros embajadores á la suya; y todos, con el acompañamiento y muchedumbre de gente, se dirigieron á la Catedral, donde el Gobernador, con los embajadores á su lado, hizo

breve oración, y en seguida se fueron al Real Palacio: allí, en presencia de la comitiva, aumentada ya con el deán, cabildo eclesiástico, clerecía, franciscanos, jesuitas y juaninos, el sobrino de Can-Ek tomó en sus manos una corona de plumas de varios colores, á modo de tiara, y la entregó al Gobernador Urzúa, diciéndole en lengua maya: "Representando á mi tío el gran Can-Ek, cacique de los Itzáes, vengo á ofrecerte su corona, para que, en nombre de tu gran Rey, nos recibas y admitas debajo de su amparo y patrocinio, y nos concedas sacerdotes que nos enseñen la ley del verdadero Dios." Respondióle Urzúa con breve y cordial alocución, le abrazó, y, terminada la ceremonia, se lo llevó, juntamente con sus compañeros á un aposento del palacio, donde fueron asistidos con gran regalo, hasta el grado de sentar á su mesa el Gobernador al sobrino de Can-Ek, quien se mostró en todo muy cortés y razonable.

Celebróse en Mérida con júbilo la venida de los embajadores, áprovechándose su estancia en la ciudad para instruirlos en la fe católica; y cuando se les consideró suficientemente instruidos en ella, á petición suya fueron bautizados solemnemente en Catedral, sirviendo de padrinos D. Martín de Urzúa al sobrino de Can-Ek, á quien se puso por nombre D. Martín Francisco Can; y á un hermano suyo, á quien se apellidó don Pedro Miguel Can, el conde de Miraflores; y tanto éste como el Gobernador obsequiaron á sus ahijados con hermosos vestidos, agasajos y



fiestas que se prolongaron varios días, hasta que, colmados de satisfacción los embajadores, manifestaron deseos de volver á su país: el Gobernador los despidió con grandes honores, dándoles una escolta de treinta hombres, al mando del capitán Ariza, y siete sacerdotes del clero secular que, estableciendo su morada en el Petén-Itzá, les enseñasen la doctrina y moral cristiana.

Mas como Urzúa no era hombre que se durmiese sobre sus laureles, no tan pronto salieron los embajadores de Mérida, libró sus órdenes al Teniente General Alonso García de Paredes para que, sin pérdida de tiempo, levantase el campo del sitio donde invernaba, y fuese á tomar posesión de la isla del Petén y de todas las comarcas circunvecinas, en tanto que al capitán Ariza había dado análogas instrucciones secretas, con la idea de que el primero que llegase al terreno tomase posesión civil y corporal del cacicazgo de Petén-Itzá, y así se cogiese la delantera al Presidente de Guatemala.

En tanto que en Mérida se desvivían por festejar á D. Martín Francisco Can, el Padre Avenaño y sus compañeros pasaban desdichas sin número en el cumplimiento de su misión, porque pasando por Campeche, Tzuctok, Chumpich, Bateab y Chuntuci, penetraron á tierras desconocidas cruzando escarpadas sierras, enmarañados breñales, espesos bosques, al sol, á la intemperie, á la lluvia y al sereno, caminando á pié de día, durmiendo de noche en hamacas colgadas de altos y corpulentos árboles, comiendo pobres y

escasos alimentos, y desgarrándose á veces el vestido y las carnes entre las espinas y las zarzas de la mal conocida senda. Por fin llegaron á la ribera de la laguna del Petén, y, dando aviso de su llegada á Can-Ek, vino éste con más de cuatrocientos súbditos suyos embijados de negro, en traje de guerra, con grandes carcajes repletos de flechas; y en vez de la graciosa bienvenida que los religiosos esperaban, atendidas las noticias comunicadas por el Capitán Ariza, dióles la más dura acogida, tratándolos con desprecio, casi con ultraje, embarcándolos con violencia, y haciéndolos conducir á la isla del Petén á su Corte y Capital: allí los religiosos fueron presa alternativamente de las bellaquerías de Can-Ek, que los trataba ora con agasajos, ora con amenazas; ya les hacía concebir esperanzas, ya los sumía en profundo desaliento; tan pronto parecía amigo, cuanto los espantaba con temores y peligros, ó los engañaba con palabras y evasivas sin término; hasta que comprendieron que su misión había fracasado, y por consejo de Can-Ek tomaron la vuelta de Mérida, por el rumbo de Tipú, de noche, y á ocultas, para precaver las celadas del cacique Calox, altanero, engreído y enemigo de toda influencia española. Ignorando el camino, se perdieron en el bosque, y después de caminar los infelices treinta y cinco días entre montes, riscos y breñas, congojados de hambre, fatigados del cansancio, doloridos de las aberturas de los pies, y en el último extremo de la tribulación, á punto de morir, se encontraron con las recuas



é indios arrieros que llevaban bastimentos al real del Teniente General García de Paredes; y ésta fué su salvación, porque, confortados algo, pudieron alcanzar el campamento, de donde, recuperadas las fuerzas, partieron luego de regreso á Mérida, donde, con gran estupor y confusión del Gobernador Urzúa y demás ciudadanos, contaron que nada habían oído en el Petén-Itzá de la embajada de D. Martín Francisco Can, la cual resultó ser embajada de broma en que cándidamente cayó toda la sociedad meridana. Templose el mal efecto de tan desacordante burla por el triunfo que alcanzaron las milicias provinciales en Cayo Cocina, desalojando completamente á los piratas que de este punto se habían apoderado convirtiéndole en una factoría para el buen despacho de sus negocios de corte y extracción de maderas. Las instrucciones de avance libradas oportunamente se habían ejecutado, no por el mismo García de Paredes, que se hallaba á la sazón algo achacoso y enfermo, sino por el Capitán D. Pedro de Zubiaur, quien con sesenta soldados españoles, indios flecheros, peones, y Fray Juan de San Buenaventura, como capellán castrense, había alcanzado la orilla de la Laguna del Petén y pretendido á buenas cumplir sus instrucciones, todas las cuales salieron sobrando, porque, aunque los Itzáes acudieron en gran número, mostraron desde luego la más abierta hostilidad, arremetiendo fieros á los que llevaban el rancho; y cuando Fray Juan de San Buenaventura empezó á predicarles en lengua maya con

suaves y amorosas palabras, se abalanzaron sobre él, lo aprisionaron, juntamente con el lego su compañero de Orden y D. Agustín de Sosa, y á los tres los embarcaron con tal presteza, que cuando la infantería española acudió á defenderlos, la embarcación se perdía de vista en lontananza, dos indios cargadores de Tekax eran matados á palos, un soldado español degollado allí á vista de toda la gente, y de multitud de canoas escondidas en los manglares de la laguna llovían flechas y desembarcaban indios ensoberbecidos y listos á la pelea. No hubo más remedio que aceptar el combate, en el cual los españoles mostraron grande esfuerzo: cuarenta itzalanos mordieron el polvo al primer encuentro; mas, sin desalentarse por esto, se rehicieron con nuevos bríos, y embistieron en número tan excesivo que el Capitán Zubiaur determinó batirse en retirada; y así lo verificó con éxito completo, si bien con la honda pena de dejar en poder del enemigo, además de los prisioneros antedichos, seis indios hidalgos y dos soldados españoles. Por su lado el Capitán Ariza comunicaba que apenas había podido llegar con su fuerza de treinta hombres á Tipú, y que allí se había detenido en espera de auxilios, por no parecerle prudente empeñarse con tan poca fuerza en territorio enemigo después del fracaso de la misión del Padre Avendaño.

Se habían usado los medios pacíficos tan recomendados por D. Carlos II, y, tranquilo en este punto el Gobernador Urzúa, determinó em-



plear la fuerza para dominar á los Itzáes, saliendo él mismo á campaña. Al efecto envió al campamento otros cien hombres al mando del Capitán D. Bartolomé de la Garma, con un grupo numeroso de carpinteros de ribera que fabricasen bergantines y piraguas para cruzar la Laguna del Petén y abordar á la isla atacando al enemigo en su propia capital.

D. Martín de Urzúa hubiera deseado emprender la campaña personalmente desde la primera mitad del año de 1696; pero no se lo permitió el pleito que le suscitó D. Roque Soberanis y Centeno, quien, absuelto por la Audiencia de México, pretendió que á él sólo, como Gobernador propietario y que debía concluir su término legal, correspondía proseguir la apertura del camino real de Campeche á Guatemala y la reducción de los Itzáes; y que á Urzúa, como gobernador futurario, se le debía mandar salir de la Provincia de Yucatán y prohibir volver á ella mientras no llegase el día de su advenimiento al gobierno. Los oidores de la Audiencia de México apoyaban decididamente las pretensiones de Soberanis; mas el fiscal de dicha Audiencia fundaba con varias razones el derecho que á su juicio tenía Urzúa para proseguir y fenecer aquellas importantes obras, y el Virrey Conde de Gálvez, como queriendo mediar entre los extremos, resolvió que, si al entregar Urzúa el Gobierno á Soberanis no estuviese concluída la apertura del camino y la conquista del Petén, se retirase Urzúa por el mismo camino hasta el último extremo abierto de él, y le acaba-

se de abrir totalmente en el transcurso del mes de Marzo de 1696; y que, si finalizase dicho mes de Marzo sin haber concluído la obra, se volviese al puerto de Campeche, y allí, sin tocar á Mérida, se embarcase y saliese de Yucatán, dejando á cargo de D. Roque Soberanis el dar punto á las disputadas operaciones del camino y conquista del Petén-Itzá.

Urzúa no se conformó con semejante resolución, antes bien representó alegando que en el corto término que se le señalaba era humanamente imposible terminar su comisión, aun cuando se propusiese arrasar y aniquilar todo el Petén, y mucho más si la conquista había de hacerse por los medios discretos y prudentes que Carlos II recomendaba con tanta insistencia; que, siguiendo los deseos de este Rey, había adelantado mucho en la reducción de indios, congregándolos en pueblos donde eran instruídos por los religiosos franciscanos; y que el camino de Campeche á Guatemala, á costa de grandes sacrificios estaba tan adelantado, que sólo faltaban ocho leguas para concluirlo, y que era deplorable y lastimoso que todo lo logrado se perdiese, pues, aunque se concluyese el camino, el resultado sería problemático mientras la Isla del Petén y sus contornos no estuviesen sometidos á la autoridad del gobierno español, lo cual no podía conseguir en el breve espacio de un mes que se le marcaba para concluir la obra.

Esta representación llegó á México cuando ya el Conde de Gálvez había sido sustituido en el